

—Ya nos vamos, señor amo.

Y luego, al irse, gritaron con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Viva nuestro jefe D. Fernando! ¡Mue-
ran los gachupines!

—¡Mi esposo!

Exclamó Luisa que, ocupada en seguir con la vista á Miguel que iba ya desapareciendo entre las sombras, no habia fijado la atencion en Fernando.

Este entró en su casa pronunciando entre dientes el nombre de Miguel y jurando venganza, aunque resuelto á no manifestarse celoso ni iracundo con su esposa.

CAPITULO XII.

Temores de una separacion.

Al terminar la calle del *Puente de Alvarado*, está la linda plazuela de *Buenavista*, punto el mas pintoresco de la ciudad, donde se ven elegantes casas de sencilla arquitectura, rodeadas de bellisimos jardines, escondidas entre el espeso ramaje de los árboles, y bañadas por las saludables brisas de San Cosme, poético vergel que se extiende á los piés de la suntuosa poblacion como una alfombra de fragantes flores á las plantas de una bellisima sultana.

Desde uno de los miradores mas elevados de estas casas, se descubre á la vista el brillante panorama que presenta el inmenso valle de México; de allí se descubre el

magestuoso bosque de Chapultepec con sus multiplicados arroyos, con sus admirables albercas, con su magnífico colegio militar, situado en el vértice de un montecillo que le adorna, como el vigilante centinela de las selvas: de allí la frondosa calzada de la Piedad, orillada de lozanos y robustos árboles; de allí el pintoresco pueblo de Mixcoac; de allí Tacubaya, la favorita de la corte, con sus notables palacios, sus bellísimos jardines, sus excelentes huertas y su privilegiada temperatura: y de allí, en fin, el pueblecito de Popotla, con su misterioso, corpulento y vetusto ahuehuete de históricos recuerdos, al pié del cual se sentó agobiado de fatiga y de pesares, el valiente Hernán Cortés en aquella memorable retirada conocida por *la noche triste*, en que asomó á sus ojos una lágrima de tristeza, al contemplar el lamentable estado de su reducido ejército, que huía de la ciudad pobre y derrotado.

Pero volvamos á Buenavista.

En la época á que nos referimos en nuestra historia, se veía en el mismo punto en

que hoy existe el jardín que se levanta en el centro de los elegantes edificios que allí se han construido, una humilde casita, aislada, limpia y risueña, cobijada por el tupido follaje de los álamos y fresnos que proyectaban una verde y oscilante bóveda, en que anidaban canoras y pintadas avecillas que aumentaban el encanto de aquella deliciosa mansion. Un ligero puentecillo, por bajo el cual pasaba murmurando un limpio arroyuelo, conducía á un espacioso terreno, cubierto de naranjos, limas, y limoneros, en que estaba situada la modesta habitación.

El interior de esta casita correspondía en un todo á su exterior.

El adorno de su reducida sala consistía en cuatro pintadas rinconeras, repartidas en los cuatro ángulos, sobre cada una de las cuales descansaba una jarrita de porcelana de China, con un ramo de flores naturales. Un sofá de cerda y una docena de sillas decentes, aunque de poco precio, se veían coloeadas, con agradable simetría, por la estancia; y en el espacio que media-

ba entre dos balcones con vista al campo, lucia un espejo de tamaño regular sobre una consola de agradable hechura: las paredes ostentaban por tres lados, varios cuadros con la historia del Hijo Pródigo, ocupando el cuarto una imagen de la Virgen de los Dolores, cuyo marco tenia embutidos, en su parte inferior, dos pequeños candeleros, ocupados en aquel momento por dos velas de cera encendidas á la Madre de Dios: una mesita redonda con un precioso ramo de flores en un gran vaso de cristal, ocupaba el centro de la pieza; y blancas cortinas de muselina velaban las puertas-vidrieras de los balcones.

Dos personas se hallaban en la pieza que de describir acabo.

Eran una mujer y un hombre: aquella graciosa, interesante, esbelta, ostentando todas las gracias de la juventud; éste, anciano, aunque de complexion vigorosa y robusta.

La primera estaba sentada en una silla baja, detras de la vidriera del balcon, leyendo en un libro, que parecia ser el Año Cris-

tiano: acababa de salir del baño: su cabello, rubio como el oro de su patria, caia en sueltas y finísimas hebras sobre su ebúrnea espalda, cubierta entonces por un blanco cendal, para evitar que la humedad, que aun conservaba el luciente cabello, pudiese incomodarla: sus ojos, azules y apacibles como el cielo de México, estaban fijos en las hojas del libro, que de rato en rato las volvía con su graciosa y pequeña mano blanca y suave como el cándido algodón de América; en su fisonomía apacible y virginal, estaba trasladada la hermosura de los ángeles, la modestia que imprime la virtud, la dulzura que presta á las almas sensitivas la esmerada educacion. Era uno de esos tipos indescribibles, y por lo mismo sublimes, que solo el fecundo pensamiento los puede concebir, pero que no es dado al idioma humano explicar jamas. Su delicioso contorno, bañado por la suave luz que, al traves de los frondosos árboles dudaba enviar el fecundante sol, se destacaba de las candidas cortinas de trasparente gasa, como una de esas deliciosas vírgenes de Murillo

cercadas de blancas y oscilantes nubes que en caprichosas formas se leván sobre el éter.

De repente una lágrima de profunda tristeza asomó brillante á sus divinos ojos, rodó lentamente por sus pudorosas mejillas, y fué á caer sobre la religiosa página del libro.

El anciano, que no perdía el menor movimiento de aquella jóven á quien miraba con indecible ternura, advirtió aquella furtiva lágrima que encerraba para él una historia de amargos recuerdos, y se sintió conmovido hasta la médula de los huesos.

—¿Qué tienes, hija mia?...—Dijo lleuando de ternura, acercando su silla á la de la jóven.—¿Qué tienes, mi adorada Pilar?

—Nada, padre mio:—respondió la jóven procurando ocultar su llanto, y sonriendo con esa lánguida tristeza que denuncia el dolor del alma.—Estoy tranquila.

—No, Pilar, acabo de ver correr tus lágrimas.

—¿Mis lágrimas?

—Sí, hija mia; y tienes razón. ¡Bajar en un solo día, en una sola hora, de una posi-

ción brillante al estado mas triste de pobreza!.... ¡Ah!.... tienes razón, Pilar.... tu llanto es justo!....

—¡Padre mio!....

Exclamó la jóven conmovida, y estrechando con cariño las manos de su anciano padre, sobre las cuales fueron á caer algunas de sus lágrimas.

—¿Qué puede inspirarte sino tristeza, esta humilde habitación, donde todo respira dolor, donde nada nos queda de lo que poseimos?

—No, padre mio, no es la falta de riqueza la que yo lloro; es, sí, verle á vd. agobiado con el pensamiento de nuestro porvenir. ¿Cree vd. que extraño la falta de los objetos de lujo que ha vendido vd., ni la sumptuosa habitación en que ayer vivimos, ni los delicados manjares en que abundaba nuestra mesa? No, padre mio: lo mismo me siento yo sobre las humildes sillas que adornan esta reducida salita, que sobre los mullidos sillones del mas régio salón: al lado de vd. todo es grato para mí; lloro, porque

veo á vd. llorar; estoy triste, porque le veo á vd. padecer....

El anciano besó la frente de su hija con una efusion profunda de ternura, y exclamó conmovido y con la vista nublada por el llanto.

—¡La desgracia tambien tiene sus goces!.... ¡Dios es bueno!.... ¡todo lo ha previsto!.... ¡Qué me importa que los hombres me destierren del país que amo, si el Eterno me ha dado dos ángeles, dos hijos que me acompañen en mi destierro?...

—¡Cómo!.... ¡Aun cree vd., querido padre, que no consiga Cárlos la excepcion para que no le expulsen á vd?

—Sí, Pilar: creo que los pasos de tu hermano son inútiles, y por eso me he apresurado á vender todos los muebles de nuestra casa, para destinar su importe al viaje, que sin duda tendremos que emprender tal vez dentro de breves dias.

En el semblante de Pilar se pintó una mortal palidez: soltó el libro que cayó sobre su falda; inclinó su lánguida cabeza sobre su pecho en señal de abatimiento, y ex-

haló un suspiro que no pudo comprimir por mas tiempo dentro de su amante corazon. Aquellas palabras le recordaron que tenia que abandonar el agradable suelo en que vivia el hombre que amaba, el sér en quien cifraba su felicidad, el jóven médico á quien el lector vió dirigirse á la casa de Rossi para desafiarse, y á quien Pilar hacia dos dias que no habia vuelto á ver.

D. Andrés que, como hemos visto, ignoraba aquella pasion de su hija, atribuyó su profundo suspiro al natural pesar que acompaña al que va á dejar su patria, y añadió procurando consolarla.

—Pero no irémos á una de esas poblaciones pequeñas en que es negativa la felicidad, en que se vegeta como las plantas, en que los goces, aunque puros, no satisfacen al hombre educado en el bullicio de las populosas ciudades, donde para cada deseo hay un objeto correspondiente que le llena. Irémos á Madrid ó Sevilla, Valencia ó Barcelona, ciudades que podrán proporcionarnos todas las comodidades que contribuyen á hacer agradable la vida.

Pilar no supo qué responder. ¿Qué le importaban á ella todos los placeres de la tierra, si se veía privada del dulce objeto de su amor? Para el que ama, las fiestas, los bailes, las diversiones públicas tienen irresistible atractivo, cuando concurre á ellas el sér que idolatra, que lo embellece, en su concepto, todo con su presencia: cuando este sér falta, los teatros aparecen desiertos, solitarios y tristes los paseos, místicas las flores, muerta y fría la naturaleza.

—¿Qué tienes, hija mia?—agregó el anciano, extrañando el silencio de Pilar.—¿Nada me respondes?... ¿Nada me dices de lo que te parecen mis proyectos?

—Todo lo que vd. dispone me parece bien, padre mio.

Contestó Pilar haciendo un esfuerzo para ahogar los sollozos que brotaban del corazón.

—Allí se vive con poco; y si consigo que me paguen las cantidades que me deben algunas personas á quienes fié géneros de valioso precio, podremos pasar, hija mia, una existencia tranquila y envidiable.

El ruido de la puerta de la sala que se abría en aquel instante, vino á interrumpir la conversacion.

Un criado apareció en el dintel, diciendo:

—Un caballero desea hablar con vd., señor amo.

—¿No ha dicho su nombre?

—No señor.

—¿Es persona decente?

—Así parece.

—¿Quién será?....

Exclamó Pilar con temor y sobresalto.

—Tal vez algun agente del gobierno que viene á comunicarme la órden de expulsion.

Respondió con serenidad el anciano.

—¿Dios mio!....

Dijo la jóven con el acento del dolor de aquel que vé perdido cuanto ama en el mundo.

—¿Qué le digo?

Preguntó el criado.

—Que pase.

Contestó D. Andrés.

El criado se fué, y el anciano añadió dirigiéndose á Pilar.

—Déjame solo, hija mia; despues te diré quién ha sido: y sea cual fuere el golpe que nos espera, recibámosle con serenidad.

La jóven no contestó: estrechó afligida la mano de su amado padre: recibió un beso de éste en la frente, y marchó á su cuarto, presintiendo una nueva desgracia.

Don Andrés, á quien nada podia sorprender ya, por la razon de que esperaba de un momento á otro la orden de abandonar el país, se preparó á recibir á la persona que le buscaba, procurando dar á su semblante aquel aire de tranquilidad que acompaña al verdadero valor cuando va unido á la inocencia.

La puerta de la sala volvió á abrirse en aquel momento, y se presentó un hombre desconocido para D. Andrés.

Quién era aquel hombre y cuál la mision que llevaba, lo dirémos despues de ocupar nos de otros personajes que nos esperan.

CAPITULO XIII.

Quien bien te quiere te hará llorar.

Estamos en el gabinete de Miguel. Un sofá y algunas sillas; una mesa con recado de escribir; un estante fino de caoba con obras escogidas, y cuatro retratos de cuerpo entero, uno del cura Hidalgo que dió el grito de independenciam en 1810; otro de Iturbide que la llevó á cabo en 1821; el tercero de Bolívar, y el cuarto suyo, formaban el adorno de aquella pieza. Bajo el último retrato se descubria una puerta, velada por cortinas de damasco azul, que conducian á su alcoba.

En este gabinete sencillo, pero decente, se encontraban dos hombres que, á juzgar por la franqueza y aprecio que se dispensa-